

**Banalización de la identidad, cultura
experta y sociedad del conocimiento.
El estudio de la identidad colectiva
en el País Vasco hoy**

Gatti, Gabriel; Martínez de Albeniz, Iñaki

1. IDENTIDAD Y SOCIOLOGÍA EN EL PAÍS VASCO: DE LA EFERVESCENCIA A LA RUTINIZACIÓN¹

A lo largo de los años, los miembros del equipo que firma este proyecto, el Centro de investigación que los conjunta, y, en general, las ciencias sociales que en el País Vasco han atendido al tema, indudablemente crucial, de la identidad, se han acercado a este asunto desde la sensibilidad hacia los *fenómenos sociales en plena constitución*, hacia los fenómenos sociales surcados por eso que, desde Émile Durkheim, en sociología conocemos como *efervescencia colectiva*: disputas sobre qué es o no ser vasco; polémicas sobre quién tiene la legitimidad de hablar en nombre de la vasquidad; luchas por la constitución de la comunidad... El País Vasco comparece desde estas sensibilidades sociológicas como un lugar siempre atravesado por el cambio, trufado de conflictos, con problemas de normalización. Lugar al que en buena lógica correspondería una sociología que capta “intensidades” más que regularidades.

Nada que no sea cierto. No obstante, llevamos unos cuantos años detectando (CEIC, 1999; CEIC, 2005) que otro proceso va, capilarmente, desplegándose, sigiloso, por debajo de la visibilidad de esta primera faz, efervescente, y en él se ha centrado en buena medida nuestro trabajo reciente. Nos referimos a ése que en la jerga de las ciencias sociales se ha convenido en llamar proceso de *institucionalización*². No se trata sólo, que también, de la institucionalización de entramados político-administrativos administrativos que den sustento material a viejos (o no tanto) imaginarios colectivos; se trata de algo que trasciende a este fenómeno, que lo traspasa y lo supera. Se trata, en fin, de la *institucionalización de las identidades*, de su naturalización, de, en definitiva, su *consolidación, su banalización* (Billig, 1995).

Al calor de esta evolución ha ido cambiando algo en la sociología vasca. Lo ha hecho siguiendo el camino que conecta a lo largo de los años la sensibilidad por la formación de un sentimiento de pertenencia colectiva naciente –en los setenta–, hasta aquélla por la gestión cotidiana de una identidad institucionalizada –hoy en día–. Es, por cierto, un recorrido clásico en ciencias sociales éste por el que pasamos aquí. Parte de sociologías que, al amparo de la historia y de las *inquietudes* de época, fijaron su ojo en las lógicas que dominaban el panorama de los años de grandes efervescencias colectivas: el

1. El texto procede de la revisión del informe final de la investigación “La producción de la identidad en la sociedad del conocimiento. Cultura experta e identidad en el País Vasco”. Esta investigación se pudo realizar gracias a la beca “Agustín Zumalabe”, que nos fue concedida en la convocatoria de 2005. No obstante, lo que sigue no se limita únicamente a recoger los resultados de este trabajo, sino que también se beneficia de los muchos que sobre la amplia temática de la identidad colectiva se han desarrollado en el seno del CEIC, Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco, durante las últimas décadas. Las discusiones con algunos de los otros miembros de este equipo (Beatriz Cavia, Alfonso Pérez-Agote, Silvia Rodríguez, Elsa Santamaría, Benjamín Tejerina) han redundando en beneficio de este trabajo. En <http://www.ehu.es/CEIC> se encuentran las líneas y los proyectos de investigación desarrollados en los últimos años por este equipo.

2. Cf. trabajos anteriores del CEIC, sobre todo, 1999 y 2005. Sobre la institucionalización política en el País Vasco cf. asimismo Gatti, 2002; Martínez de Albeniz, 2004.

orden de lo simbólico, el campo de la política, la construcción de la cultura, la densidad de las redes sociales. Fenómenos, ciertamente, que trascienden lo cotidiano, que lo guían desde atrás y desde abajo. Son sociologías que proyectaban desde ahí no ya sólo un modelo de trabajo sociológico (el que observa la sociedad observando cómo se actualiza en trozos de discurso) sino también un tipo de actor (serio, coherente, políticamente comprometido) y un tipo de problema a atender (la constitución y consolidación de un entramado institucional con sentido intersubjetivo que dé soporte a esa entidad naciente y conflictiva)³.

Esas sociologías empiezan a girar hacia otras sensibilidades en los años de la institucionalización política. En ellos la vida social sufre dos cambios de gran relevancia; el primero viene de la mano de la estabilización político-administrativa de la comunidad nacional, que conduce a que la identidad comience a ser gestionada también desde los ámbitos más templados de lo administrativo; el segundo procede de cierta eclosión de las sensibilidades, de la emergencia de nuevas identificaciones políticas y sociales. Ambas cosas exigen, en efecto, nuevas sensibilidades sociológicas: no sólo analizar la constitución de grandes imaginarios colectivos, sino atender a las identidades débiles y desterritorializadas y a las estéticas generacionales; no sólo observar observar la *fragua* de la identidad, cómo y con qué herramientas se gestiona en la vida cotidiana. Con la ayuda de esa sensibilidad, nuevos actores comparecen: distraídos, variables, dispersos, banales; no ya, autoconscientes, coherentes ni serios.

A las viejas sociologías de cuño fenomenológico se adhieren otras, más propias de una sensibilidad constructivista, la cual permite –y obliga– a hacerse preguntas no sobre la identidad cuando se construye y se disputa, sino sobre la identidad cuando se gestiona estando ya construida: ¿cómo trabajar con algo, la identidad, hasta hace poco interpretado en claves trascendentes y hoy rutinizado? ¿quiénes administran las identidades colectivas? Cabe adelantar algunos de los trazos de la respuesta. adelantar parte de las respuestas; tiene que ver con *naturalización*, *consolidación* y *rutinización* de la identidad en lo que a la primera pregunta concierne y con *redes expertas* en lo que a la segunda pregunta se refiere.

2. SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO E IDENTIDAD: CIENCIA, CULTURA EXPERTA Y VIDA SOCIAL

La institucionalización y rutinización de la identidad colectiva en el País Vasco contemporáneo es el contexto en el que nos situamos. El problema cuya elucidación nos ocupará es el de *cuáles son los nuevos dispositivos y mecanismos que estructuran esa identidad rutinizada*. Cabe ahora decir

3. No es ésta, por lo demás, una historia ajena a quienes escribimos esto; es más, es la historia de nuestros propios análisis, tanto que constituye las primeras líneas de investigación del grupo que integramos: el Estado, la política, el trabajo, la religión y cómo estas realidades y estos sistemas de sentido trascienden la identidad hasta componerla como su resultado. Para aplicaciones concretas de esta perspectiva, cf. Pérez-Agote, 1987.

que esta rutinización no ocurre en cualquier parte, sino en un contexto muy preciso, señalado por las características de las llamadas *sociedades del conocimiento* y marcado por la multiplicación de las figuras sociales que le son propias, los que conocemos por redes expertas⁴. Decir que el País Vasco está entre las primeras supone afirmar que todo, la identidad incluida, es objeto de la atención del conocimiento científico; afirmar que en el País Vasco proliferan los segundos equivale a sostener que todo, la identidad incluida, es materia de su trabajo de representación, es decir, que los expertos han hecho suyos *los territorios, sensibles, de la identidad*.

El desarrollo de esto que antecede se puede resumir en este enunciado: *hoy, en las sociedades del conocimiento, la retórica científica y el conocimiento experto intervienen de manera determinante en la producción de las identidades sociales*. Cabe entonces plantear –y así lo hacemos en este trabajo– que la identidad no es algo que es y respecto de lo cual el sociólogo se interroga por *cómo se reproduce* sino algo que *se hace* y respecto de lo cual el sociólogo se pregunta por *cómo (y quién, y con qué, y contra quién...)* *se hace*. El cambio no es menor. Para abordarlo trabajamos con tres hipótesis, hipótesis que lo son sobre la identidad, la sociedad del conocimiento, y el País Vasco contemporáneo. En la intersección de estas tres hipótesis, nuestro trabajo busca analizar el peso, la entidad y las lógicas que conducen la intervención de redes expertas en la producción, negociación y promoción social de las identidades colectivas en las sociedades del conocimiento.

- **Sobre la identidad:** En la sociedad contemporánea la identidad no puede leerse como una esencia permanente e inmutable sino como una instancia en constante proceso de construcción, negociación y cambio.
- **Sobre la sociedad del conocimiento:** Las sociedades de conocimiento son aquellas caracterizadas por la plena institucionalización de la ciencia, sociedades con un elevado grado de legitimación social de la ciencia; con un marcado predominio de la retórica científica sobre otras retóricas, fundamentalmente las propias de la tradición; y con un alto grado de reflexividad social que tiene en la figura del experto a su protagonista.
- **Sobre el País Vasco:** En el País Vasco estamos en una fase de *post-institucionalización*. Hoy la identidad encuentra en marcos de sentido señalados por la retórica de la ciencia, en los mecanismos propios de una incipiente sociedad del conocimiento, y en el discurso experto el repertorio de elementos con los que construirse.

Leído esto, no será difícil deducir nuestra complicidad con interpretaciones del concepto de identidad que esquiven toda tentación de pensarla como lo *siempre idéntico*, lo ya hecho, como un *fait accompli*. Al contrario,

4. Redes formadas por la interacción de expertos, protocolos científicos estandarizados y dispositivos técnicos

hemos apostado por repensarla trabajando con ella de modo que comparezca como algo profundamente *construido*, *procesual* e *inventado*. Como algo, la identidad colectiva, que es una construcción social sin cuajo, un movimiento permanente que evita toda posibilidad de cristalización. Si el trabajo de la ciencia es el de desvelar interrogantes, el nuestro ahora no pasa por contestar *qué es la identidad*, sino por saber *cómo se hace*, *quién la hace*, *quién interviene en su producción*.

Y en la ocasión, puestos a estudiar la identidad vasca tal cuál se hace en la sociedad del conocimiento, la pregunta fundamental, una de ellas al menos, necesariamente apunta necesariamente con el dedo al trabajo de la ciencia: ¿es la identidad algo a cuya creación contribuye el trabajo de representación científica? ¿es nuestro sentido de pertenencia a una comunidad efecto también de la acción de las herramientas de codificación científicas? Creemos que sí, que la ciencia encuentra en la identidad uno de sus objetos predilectos.

Pero no debemos detenernos en esta afirmación, pues podría ser interpretada como un ejercicio crítico o de denuncia, irrelevante desde una perspectiva científica, pues olvida que más allá del hecho cierto de que las identidades son invenciones, ficciones o fantasmagorías, está el hecho, no menos cierto, de que vivimos en esas fantasmagorías y con arreglo a ellas nos definimos. Es decir, no debemos olvidar que en esos lugares representados por la ciencia se construye identidad; que en ellos hay y se desarrolla vida. Toda identidad es en buena parte la cristalización verosímil de una ficción, una suerte de profecía autocumplida. En la sociedad del conocimiento la verosimilitud viene acrecentada por la concurrencia del conocimiento científico en la producción de las identidades

La identidad comparece aquí, entonces, como un espacio donde introducirse y un espacio creado también por el trabajo de representación puesto en práctica por la ciencia. Identidad como un objeto enclaustrado en el ámbito de las cosas, producto de la imaginería moderna, la ciencia incluida. Las categorías estadísticas, la manipulación de un alimento en una cocina, las tipificaciones de los grupos humanos, los ejercicios de representación de los filólogos, lo que los científicos hacen en sus laboratorios con los productos con denominación de origen, los programas de telerrealidad... todos son poderosos contenedores del sentido, eficaces recipientes de las pertenencias. Funcionan bien además, pues tiene un poder extraordinario: hacen imaginable las identidades, las administran, les dan rasgos, las sitúan. Y permiten que se pueda estar y vivir en ellas.

Consideramos entonces factible proponer la que ya hemos mencionado que constituye nuestra *hipótesis general* en lo que hace a las relaciones entre sociedad del conocimiento e identidad: que entre los recursos a los que se acude para la producción, negociación y promoción social de las identidades en las sociedades del conocimiento uno de los más relevantes es el proporcionado por el conocimiento científico. En ese contexto, la figura del experto es la protagonista y sus herramientas de medida, las encargadas de gestionar las identidades sociales.

3. HERRAMIENTAS ANALÍTICAS PARA EL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO. UNA PROPUESTA

Este trabajo se encaminará progresivamente a mostrar la identidad como algo que es en su propia ejecución, como algo que es *porque se hace*, y no como algo que es ejecución de un programa (ideológico, político, histórico...) que la trasciende. La casuística es muy amplia: se abre con el estudio de agentes –los que trabajan en el campo del patrimonio– cuyas prácticas y discursos están aún trufadas de militantismo, discurso político y de referencias, trascendentes, a la identidad nacional... y se cerrará con la comparecencia, masiva, de figuras de nuevo cuño: biólogos, técnicos, profesionales... cuyas prácticas y discursos se han rutinizado alrededor de nuevas jergas, más asépticas (protocolos, auditorías, calidad, profesionalidad...) pero que, no obstante, acuden a materiales calientes: pertenencia, identidad, autenticidad, origen...

Novedades empíricas como éstas requieren de nuevas herramientas analíticas. Hemos tenido que armarnos con algunas de ellas, procedentes de propuestas diversas de las ciencias sociales contemporáneas (postestructuralismo, sociología crítica, sociología de la ciencia). Explicamos ahora los rudimentos esenciales de algunas de esas herramientas:

- El nacimiento de la experticia al amparo de prácticas modernas de gobierno y de las relaciones entre ciencia y poder en las sociedades modernas.
- La idea de la sociedad del conocimiento como una sociedad colonizada por la ciencia y los conceptos (laboratorio e inscripción) que pueden servir para estudiarla.
- La identidad en la sociedad del conocimiento como un producto del trabajo de la experticia.

3.1. Biopolítica y cuestión social, el nacimiento de la experticia

Desde que la modernidad es tal, el poder cambia el objeto de ejercicio de su gobierno: ya no son los territorios de las naciones, sino la vida, los cuerpos, la conciencia de sus sujetos, colectivos e individuales. Los cuerpos y las conciencias propias del orden del Nosotros, de la identidad colectiva, toman desde entonces nombres como “población” o “Estado-nación”; los cuerpos y las conciencias del orden del Yo reciben a partir de ahí apelativos más novedosos de lo que hoy, naturalizados como están, podríamos pensar: “individuo-ciudadano” o “psiquismo”. Puede por eso para esa época hablarse –lo hacemos, al menos, desde que leímos a Michel Foucault (1997)– de *biopolítica*. Este término sirve para hablar de lo humano y sus conformaciones (lo social, la nación, la identidad, la salud, la vida, el matrimonio, el territorio, la ciudad, y un infinito etcétera) hechas objeto de política y de ciencia, convertidos en lugar de atención y de preocupación, en problema, en cuestión, en ámbito de interés. Se refiere al “modo en que, desde el siglo XVIII, la práctica gubernamental

ha intentado racionalizar aquellos fenómenos planteados por un conjunto de seres vivos constituidos en población: problemas relativos a la salud, la higiene, la natalidad, la longevidad, las razas y otros” (*ibidem*: 119). Es por lo demás el acta de nacimiento de la experticia, de un conocimiento experto empleado en el gobierno de las cosas y de las personas.

En efecto, la institucionalización de lo humano como ámbito de gobierno arrastra consigo el nacimiento de innumerables objetos, objetos de poder político, objetos de poder científico, entre ellos, lo social, la llamada “cuestión social” (Donzelot, 1984), su problema. Que naciesen las ciencias –sociologías, politologías, psicociologías, asistencia social, psiquiatrías...– que viven en y de ese territorio era sólo cuestión de tiempo. Que de ahí se derivasen las figuras propias de nuestro interés en este trabajo –*las redes expertas, los expertos y la cultura experta*– y que éstos hiciesen de la identidad el ámbito de su *experticia* es algo que podrá entenderse si atendemos a dos de los cambios que implica este giro en el ejercicio del poder (Rose, 1998). Son cambios revolucionarios, hacen que irrumpa en el campo de vida colectiva una tecnología de un poder inusitado, la de la ciencia. En adelante, la vida social tendrá sus propios técnicos.

El primer cambio atañe a las relaciones entre las prácticas de gobierno y las de conocimiento, a las relaciones entre poder y ciencia. Desde entonces las fórmulas de gobierno dependen del *conocimiento de lo que tiene que ser gobernado*; las artes de gobierno adquieren el estatuto de *conocimientos positivos* sobre la conducta humana, tanto como las ciencias humanas y sociales alcanzan el rango de artes de gobierno. El maridaje ente política y ciencia es ejemplar en el caso de la ciencia estadística. Primero porque esa práctica, científica y política, al definir, delimitar y legitimar la existencia de las poblaciones sienta la posibilidad del gobierno, pues da forma y contenido al ámbito de su aplicación; y luego en la dirección inversa porque la conformación de las poblaciones sobre las que se ejerce el gobierno y la delimitación de los territorios donde estas poblaciones tienen sentido como instancias de totalización de la vida social (los Estados-nación, las ciudades, las clases sociales...) da pie en el instante mismo que se perfila al territorio donde aplica su poder clasificatorio la estadística (Foucault, 1997; Rose, 1998; Desrosières, 1995). Es un poder ciertamente performativo el que nace de esta alianza entre ciencia y poder: define al decirse el campo de su ejercicio, compone una arquitectura sin fisuras en la que ni siquiera faltan las tecnologías que la hacen posible.

El segundo cambio concierne a los vehículos de esa relación entre las prácticas de gobierno y las de conocimiento. Biopolítica y cuestión social, decíamos antes, son hermanos gemelos: ambos surgen al tiempo, ambos se constituyen mutuamente. El ejercicio del poder sobre la vida y el nacimiento de lo que hoy entendemos por sociedad son una y la misma cuestión, la decimonónica *cuestión social* (Donzelot, 1984). Esta cuestión se desdobra en dos: primero, la promoción de lo social como objeto, que constituye la materia del interés de las sociologías y es el lugar de una *teoría de la sociedad*; segundo, la constitución de lo social como problema, que es lo que da consistencia material al territorio objeto del interés de las políticas y al lugar, en

consecuencia, de una *técnica de resolución*, esto es, a lo social como campo y lugar de acciones correctivas, propias de lo que en muchos sentidos hoy entendemos por *administración política*.

De la agregación de ambos ejercicios de representación –teoría de la sociedad y técnica de resolución– se conforma el nacimiento de una *cultura experta* en los albores de la modernidad. En ella se alían la autoridad *del que sabe* y el poder *del que gobierna*.

3.2. La sociedad del conocimiento, un mundo colonizado por la ciencia

El momento socio-histórico en el que esta tendencia alcanza su apoteosis es el de lo que hoy conocemos por *sociedades del conocimiento*. Son estas sociedades aquéllas en las que la ciencia está plenamente institucionalizada, esto es, ésas en las que constituye una evidencia social, una referencia plenamente naturalizada o normalizada en la realidad cotidiana y el depósito de conocimientos de sentido común. Las sociedades del conocimiento son “sociedades de ciencia” (Lamo de Espinosa, 1999), sociedades en la que el conocimiento es una verdad no sujeta a controversia, un *taken for granted*, una realidad dada por supuesta. Es precisamente como consecuencia del alto grado de legitimidad con que cuenta la ciencia que en las sociedades modernas la mayor parte del potencial de cambio social y de poder viene de las ciencias y no del proceso político clásico (Latour, 2001). No se le escapará al lector las implicaciones que ello tiene desde el punto de vista de los procesos de construcción de la identidad.

En las sociedades del conocimiento se despliega un entramado de una extraordinaria complejidad que escapa al control de los actores sociales y que más que condicionar, como si de una fuerza externa se tratara, sus prácticas, discursos e identidades, las constituye y hace posible imaginarlas. La ciencia es parte fundamental de este entramado, de ahí que analizar su influencia en la construcción social de las identidades no es sino una forma de hacer justicia a la complejidad que atraviesa las sociedades modernas. La universalización de la ciencia significa:

- 1) En primer lugar, que la ciencia ha alcanzado un alto grado de legitimación social. No hay ámbito de la realidad que escape al influjo del conocimiento científico. La ciencia es panóptica y la producción de conocimiento ubicua.
- 2) De esta suerte, cabe apuntar, en segundo lugar, al predominio de la retórica y el saber hacer científico sobre otras retóricas y saberes, fundamentalmente aquellos que se apoyaban en el pasado, la memoria y la costumbre, y cuya legitimidad residía no tanto en la puesta en cuestión de la realidad mediante prácticas de innovación y cambio, sino en el argumento, más parsimonioso, de que la realidad social no cambia porque “siempre ha sido así y así seguirá siendo”. En una palabra, en la tradición.

- 3) La tercera de las dimensiones a considerar es el alto grado de reflexividad social, es decir, la capacidad de la sociedad de pensarse a sí misma como “su” objeto de reflexión. Huelga decir que la sociología, en tanto que ciencia de la sociedad, encuentra fácil acomodo como disciplina científica en una sociedad definida con arreglo a estos parámetros.

Difícilmente podemos pensar ya nada sin atender al trabajo de la ciencia: ¿cómo pensar la naturaleza sin tener en cuenta el filtro de la botánica? ¿cómo imaginar cosas del campo de *las comunidades humanas* olvidando lo que hemos aprendido de las ciencias sociales cuando han tornado etnociencias, sentido común? La ciencia todo lo ha colonizado. En ese contexto de universalización del conocimiento científico, y pensando en la sociedad vasca en particular, nos concentraremos en dos de las consecuencias de la colonización de la realidad social por parte de la ciencia: primero en la socialización del hacer científico, esto es, en la extensión de dispositivos, prácticas y lugares de marcado carácter científico al ámbito de la vida social; luego en la generalización del saber científico en formato de cultura experta.

Comenzaremos observando dos de los dispositivos científicos más universalizados en la sociedad del conocimiento, los laboratorios y las inscripciones.

3.2.1. LA UNIVERSALIZACIÓN DEL LABORATORIO

En una sociedad que tiene como uno de sus principales pilares la producción incesante de conocimiento (incluso el conocimiento de sí misma, cual es el caso de la sociología) es todo menos extraño que también se generalicen hasta convertirse en ubicuos lugares, formas de organización, prácticas y dispositivos de raigambre científica. Es el caso de los laboratorios.

Partimos pues de una definición laxa de laboratorio (Latour, 1983) que se ajusta adecuadamente a la omnipresencia que estos espacios, mejor dicho, que los usos asociados a estos espacios, han adquirido en las sociedades del conocimiento: *un laboratorio es toda situación social en las que se pone en juego pautas de conocimiento para generar más conocimiento*. Si el laboratorio como institución es ubicuo en las sociedades modernas no es porque haya “usurpado” el mundo, sino porque se ha socializado, esto es, porque la intensificación del trabajo que se lleva a cabo en los laboratorios ha hecho desaparecer la distinción entre el dentro y el afuera de esos espacios, distinción férrea en sociedades de cultura (Lamo de Espinosa, 1999) en las que la ciencia no constituía una evidencia social sino una actividad ciertamente excepcional en manos de unos pocos. Así, en las sociedades de ciencia, más que una institución cerrada, el laboratorio es una *extitución* (Tirado y Domènech, 2001) pues se prolonga más allá de los muros que lo acotaban.

El laboratorio tradicionalmente se ha considerado un ámbito rodeado de misterio, misterio acrecentado por el aura de sofisticación o la “excentricidad” (en sentido no peyorativo sino literal de actividad periférica, no central,

de la vida social) de la actividad científica. La mejor manera de ilustrar el rol que desempeña el laboratorio en las sociedades de cultura es acudiendo al concepto, de uso muy extendido en sociología de la ciencia, de “caja negra”. Una caja negra es aquello de cuyos procesos internos nada se conoce. En sociedades de cultura el laboratorio constituye una caja negra en sociedades de cultura porque tales sociedades carecen de una cultura experta o porque, dicho de otro modo, marcan una estricta separación epistemológica entre la ciencia y la cultura. Es esta la razón por la que no hay en estas sociedades circulación entre el laboratorio (dentro) y la sociedad (fuera). Ambas instancias se dan la espalda: los laboratorios científicos llevan a cabo su tarea de manera aislada y esto acrecienta la distancia respecto de la sociedad e impide que las prácticas y los conocimientos científicos se socialicen.

Por el contrario, las sociedades de ciencia (o sociedades del conocimiento) son aquellas en las que se da una permanente vascularización entre el dentro y el afuera del laboratorio, una intensificación del contacto. El laboratorio se socializa y se socializa con él cierta cultura experta, es decir, el cúmulo de conocimientos generados en ellos, de suerte que si no desaparece, sí se atenúa la frontera que lo separa de la sociedad. Así, la sociedad moderna puede ser vista en buena medida como una compleja trama de laboratorios, una sociedad-laboratorio, una red en la que se está produciendo conocimiento incesantemente. Y a la inversa, los laboratorios pueden ser considerados como pequeñas sociedades, espacios susceptibles de análisis sociológico. En este nuevo reparto de fuerzas entre la sociedad y la ciencia, “el laboratorio se sitúa de tal modo que puede reproducir con precisión dentro de sus muros un evento que parece estar sucediendo sólo fuera y, luego, extender fuera lo que parece estar sucediendo sólo dentro del laboratorio” (Latour, 1983).

Esas nuevas relaciones entre el dentro y el fuera del laboratorio sucede a través del accionar de dos movimientos. En primer lugar, un movimiento centrípeto, de afuera hacia dentro: el laboratorio toma posesión de una muestra de la realidad, la traslada a su terreno, la inmoviliza y la convierte en “la realidad”. En segundo lugar, un movimiento centrífugo, de dentro hacia fuera: trata de disciplinar la realidad, adaptándola al nuevo “protocolo” y movilizándolo la resultante como aquello que habla por la realidad.

La desaparición de la frontera laboratorio/sociedad y la ubicuidad del laboratorio es producto de la intensificación de las conexiones entre ciencia y sociedad en la sociedad del conocimiento. Pero, ¿cómo se disuelve la frontera entre el dentro y el fuera del laboratorio? ¿Es acaso producto de una suerte de toma del palacio de invierno de la ciencia por parte de la sociedad o es, por el contrario, consecuencia de una generosa –o condescendiente, según se mire– concesión de la ciencia a la sociedad? Es el propio *modus operandi* del laboratorio lo que lleva a la disolución de la frontera. En cierto modo, la manera de operar de los laboratorios, su funcionamiento, y la contundencia de los recursos en ellos empleados llevan inscrita la lógica de su extensión hacia la sociedad. Es la capacidad de inversión de las escalas y, sobre todo, la producción de inscripciones lo que posibilita el éxito de los laboratorios. Es así como

los laboratorios se hacen fuertes y entran en los lugares sociales para modificar la vida de las gentes. En las sociedades del conocimiento, la influencia de los laboratorios radica en que lo que en ellos ocurre puede extenderse sobre lo más banal, disciplinándolo mediante la imposición de nuevos protocolos o formas de hacer: los detalles de la vida cotidiana, la conducta social, los discursos, la identidad. En ello estriba, pues, el poder del laboratorio como un nuevo saber-hacer, una nueva metodología científica y política: en la capacidad de jugar con las escalas y de producir inscripciones científicas prestas a ser manipuladas en nombre de la realidad.

3.2.2. INSCRIPCIONES: COSAS QUE SE SOSTIENEN ENTRE SÍ

Si el laboratorio es el **cómo** de la sociedad del conocimiento, su saber hacer, las inscripciones son el **qué**, su producto. Inscripción es un término general que hace referencia a todo tipo de transformaciones “a través de las cuales la entidad se materializa en un signo, en un archivo, en un documento, en un trozo de papel, en una huella” (Latour, 2001: 365). La fuerza del laboratorio estriba en que es condición de posibilidad de un juego de escalas mediante el cual se habla de la realidad a través de un trazo escrito sobre un papel, que cuanto más pequeño es mejor habla de y por la realidad, pues es más fácil de manipular.

La sociedad del conocimiento padece de grafomanía: produce inscripciones, documentos, sin cesar. No hay más que pensar a dónde señalan los científicos o en qué reparan cuando se refieren a la realidad: sus dedos no apuntan a la realidad. Señalan los documentos que ellos mismos han generado en sus laboratorios. En este caso habría que invertir el proverbio que dice que el imbécil es el que mira al dedo que señala la luna en vez de a la luna misma. En la sociedad del conocimiento es necesario, si se nos permite la expresión, ser un poco imbéciles, mirar el dedo que señala la luna en vez de la entidad misma. Es preciso, pues, centrarse en cómo los laboratorios producen inscripciones, en los trazos escritos que hablan por los objetos de los que dicen ser una representación (cuando en realidad son una traducción).

Es esta capacidad de producir inscripciones, de traducir las entidades en documentos, la que convierte al laboratorio en una palanca para mover el mundo, en una fuerza que no se explica por ninguna peculiaridad cognitiva (como postularía la ciencia clásica centrada exclusivamente en los aspectos esotéricos o internos de la ciencia) o social-cultural (como postularía una sociología de la ciencia centrada exclusivamente en los aspectos exotéricos, externos o contextuales de la ciencia). Latour, nuevamente, lo explica bien: “la maestría intelectual, el dominio erudito, no se ejerce directamente sobre los fenómenos (...) –galaxias, virus, economía, paisajes–, sino sobre las inscripciones que les sirven de vehículo a través de las redes de transformación –laboratorios, instrumentos, expediciones, colecciones” (Latour, Hermant, 1999: 171). Se trata de saber *concentrar la realidad* en las inscripciones y de saber *hacer hablar* a las inscripciones, de lograr que hablen en lugar de la realidad.

Lo que nos interesa en esta investigación es analizar la acción combinada de estos dos elementos, los laboratorios y las inscripciones no ya en los laboratorios al uso, que también, sino en la red de laboratorios en que se ha convertido la sociedad del conocimiento. Lo que nos resulta útil analíticamente de laboratorios e inscripciones y de su acción combinada es que habida cuenta de que en la sociedad del conocimiento el laboratorio se ha deslocalizado (es casi ubicuo) y las inscripciones se han desmaterializado (son cada vez más pequeñas, complejas y manejables), la presencia de ambos elementos se ha extendido a ámbitos que desde una concepción rigorista de ciencia no son científicos (podrían ser considerados culturales, políticos, sociales, comerciales, estéticos, antropológicos, etc.). En efecto, las inscripciones no son meros signos, documentos, de la realidad, algo que está por un referente externo que el científico interpreta. *Las inscripciones concurren a la realidad, son realidad*. Tienen entidad, consistencia; remiten unas a otras, se sostienen entre sí (Desrosières, 1995), y es factible vivir en ellas. Es esta trama de inscripciones lo que teje la realidad.

La inscripción es pues algo más que un signo: crea espacios reales, visibles. No es mera representación. Es representación que hace; hace incluso identidad. Es más, la identidad ha de pasar por ella para ser. Lo veremos en breve, cuando analicemos los *laboratorios de la identidad*, aquellos ámbitos en los que se emplea el conocimiento para generar más conocimiento sobre la identidad y se producen inscripciones que sosteniéndose unas a otras producen y estabilizan identidades. El mundo es prisionero de sus inscripciones, que ya no refieren tanto a él como a otras inscripciones, a las cuales se han de ajustar.

3.3. Expertos productores y medidores de identidad

Para que esta maquinaria funcione es de rigor que previamente el territorio sobre el se aplica haya sido debidamente desbrozado, que haya sido adecuado, amansado, docilizado. Este trabajo de *amansamiento* es sólo producto del tiempo y de la extensión por doquier del trabajo de la ciencia: primero se representa; luego se trata de medir el ajuste de las cosas a las presentaciones, de auditarlo (Rose, 1998). Es el caso en el País Vasco en lo que a su identidad se refiere, donde historiadores, politólogos, filólogos, estadísticos, psicólogos sociales, arqueólogos, geógrafos, ensayistas, antropólogos, y, cómo no, sociólogos, han dicho mucho sobre ella. Y ahora otros expertos la auditan. Y otros más –nosotros en este mismo instante– auditan a los expertos, contribuyendo a densificar la trama de inscripciones

La irrupción del experto en el mundo social obliga a pensar la sociedad como un objeto complejo, a imaginarla como algo construido en el troquel de las categorías que la racionalizan. Podemos decirlo de otro modo: dar cuenta de la medida en la que los expertos hacen los mundos en los que vivimos obliga a calibrar cómo y hasta qué punto las categorías conformadas por el trabajo de la experticia son *hallazgos intelectuales y políticos que pensados como conceptos para explicar terminaron siendo categorías para vivir, lugares*

en los que se construye un profundo (en cuanto naturalizado) y verdadero (en cuanto vivido como tal) sentido de identidad y de comunidad.

Ejemplos de este trabajo de la experticia sobre el mundo acerca del que piensa los hay de sobra, tantos como casos puedan encontrarse de contribución entre las ciencias y las políticas. Son intervenciones que hicieron mundos y los mecanismos que activaron se demostraron eficaces: forjaron espíritus patrios, identidades nacionales, comunidades de resistencia, lugares imaginados... Para emprender el análisis de este proceso, que es nada menos que el análisis de la modernidad, debemos reconstruir la historia de esos mundos, sondear en los orígenes de las categorías que los fraguaron, seguir su recorrido hasta que se hicieron ciertas, preguntarnos para qué, quiénes y dónde las elaboraron y buscar en los cajones de sus padres fundadores hasta ver que éstos desempeñaban funciones varias (literatos, intelectuales, militares, científicos, políticos...) pero que, por encima de esa diversidad, había un denominador común: trabajaban con racionalizaciones de la realidad cuya condición original fue la de *mundo posible* y que sólo después adquirieron la condición, bien material, de *mundo real*. En medio, entre lo primero y lo último, estaba la *intervención de los expertos*. Y es en efecto amplia la serie de las prácticas que funcionan con esa lógica: el trabajo de científicos duros y blandos, de biólogos y museólogos, de realizadores de televisión y de sociólogos... También muchos fueron sus resultados, desde las casas de cura, sobre cuyo análisis trabajó Michel Foucault (1992), hasta los campos de concentración, de los que ha dado cuenta Zygmunt Bauman (1998), pasando por cosas aparentemente, sólo aparentemente, más *banales*: parques, jardines y censos; utopías urbanísticas y tablas de frecuencias; parrillas televisivas y clasificaciones del ganado local. Entiéndase bien lo que queremos afirmar: que todos estos ejercicios de representación y de análisis de la realidad son, también y al tiempo, trabajos que intervienen en la racionalización de la realidad que representan y analizan, esto es, *proyectos de ingeniería social*. En efecto, a todas esas prácticas, aparentemente extrañas entre sí, es común un mismo proceso, el de la creación de artefactos que configuran el mundo en objetos efectivos (Haraway, 1995).

La representación científica sanea el mundo y lo despedaza; luego devuelve los resultados de ese trabajo de depuración, rehaciendo el mundo que imagina de acuerdo a lo que dicta su fina retórica. La realidad se empieza a construir de acuerdo a él. Es el territorio de los expertos; el ámbito de las redes expertas.

4. MAPA DE LECTURA

Nuestro análisis se aplica a cuatro situaciones de investigación. Por *situación de investigación* entendemos situaciones empíricamente acotadas en las que nos ha sido posible analizar la articulación de los elementos teórico-analíticos en los que se centra la investigación (laboratorios, redes expertas, inscripciones...). Una vez acotadas, las situaciones de investi-

gación hacen posible la observación *in situ* de las prácticas expertas y de sus rutinas de trabajo, el análisis de los usos ritualizados de recogida de información, sus procedimientos, protocolos y técnicas, el estudio de los procedimientos de recogida, selección, archivo y movilidad de inscripciones. Ha revestido especial relevancia en este sentido la “observación situada” del establecimiento de rutinas o protocolos y la incorporación banalizada de conceptos antaño sensibles, por eso intocables (la identidad, lo vasco, lo “nuestro”, lo local, etc.) a la práctica y a los discursos expertos.

Las cuatro situaciones corresponden pues a cuatro laboratorios de la sociedad del conocimiento. A veces acotar las coordenadas espacio-temporales de los laboratorios no es nada sencillo en sociedades en las que esta institución es casi ubicua. Si bien en algunas situaciones, sobre todo en aquellas que muestran una parafernalia más propia de las ciencias duras, es tarea fácil acotar los límites del laboratorio, no ocurre lo mismo en las industrias culturales, de la estética o del *marketing*, por señalar algunos de los casos abordados. No extraña pues que hayamos optado deliberadamente por una concepción necesariamente laxa, aunque consideramos que más operativa, de laboratorio: como señalábamos más arriba, *laboratorio es toda aquella situación social en la que hay una puesta en juego del conocimiento para producir más conocimiento*.

Presentaremos los resultados agrupando el análisis de las cuatro situaciones de investigación en dos bloques, contruidos en función del tipo de cultura experta dominante y de la forma en que se articulan ciencia/tecnología e identidad en las distintas situaciones de investigación. Huelga decir que ambos bloques tienen un sentido más analítico que empírico, es decir, constituyen modelos o tipos ideales más que realidades sociales concretas.

	TEMÁTICAS	RETÓRICA	DIMENSIÓN HISTÓRICA
Bloque 1	Diacríticos tradicionales de la identidad	Tradicición	Anterior a la institucionalización política
Bloque 2	Lo científico-técnico y científico-social	Innovación	Posterior a la institucionalización política

El primer bloque corresponde a las situaciones en las que las formas de cultura experta tienen una dominante de tipo étnico-cultural. Considera culturas expertas nacidas al amparo de las redes sociales que estructuran la producción, reproducción y gestión de la identidad durante el período anterior a la institucionalización política. Son culturas expertas que tienen como temáticas preferentes aquellas que conciernen a los diacríticos tradicionales de la identidad (fundamentalmente, todo lo relacionado con el patrimonio etnográfico y cultural: lengua, tradiciones culturales...) y que construyen su retórica a partir de un repertorio de respuestas adaptativas aprendidas y heredadas de la tradición. En este primer bloque se consigna el análisis

de dos situaciones de investigación a las que es común que aunque los elementos que sostienen la identidad son claros, visibles y explícitos, los dispositivos técnico-científicos a cuyo uso se acude so pretexto de profundizar en la vasquidad de tales elementos o dotarles de legitimidad científica, están, al contrario, si no ocultos sí lejos de ser considerados como instrumentos propios de la vasquidad, a lo sumo como herramientas para contribuir a su realización:

- 1) **El patrimonio:** La singularización del patrimonio cultural y su tematización como lo propio de una identidad constituye una de las operaciones esenciales para la construcción de los imaginarios de la diferencia. Detectar (i) cómo esas operaciones se profesionalizan; (ii) cómo son progresivamente asumidas por distintos expertos; (iii) cómo éstos combinan el discurso de la innovación con otros anclados en el mantenimiento de la tradición es el objetivo del acercamiento a esta primera situación de investigación. También se considerará como propio de esta primera situación de investigación los discursos y prácticas relacionadas con la representación científica de la lengua vasca, es decir, aquellas situaciones en las que el euskera es sometido a los rigores de la experticia: técnicos en desarrollo lingüístico, sociolingüistas... portavoces de una creciente científización y tecnificación de la interpretación del hecho lingüístico.
- 2) **La cultura gastronómica:** La gastronomía y la cultura en torno a ella se han convertido en un ámbito de especial relevancia sobre todo desde que pasa a engrosar la agenda temática de los medios de comunicación. Pero más allá de su relevancia mediática, el interés de este sector estriba en que en él confluyen, por un lado, discursos sociológicos y antropológicos que abordan la comensalidad como uno de los ámbitos de mayor densidad y riqueza desde el punto de vista de la comunicación social y, de otro, una aproximación científico-técnica al mundo de la alimentación en general y la restauración en particular. Especial interés revisten en este sentido los “laboratorios gastronómicos” que están siendo promovidos por los principales artífices de la nueva cocina vasca y el intercambio de información y los proyectos conjuntos entre el sector de la restauración y algunos departamentos universitarios del ámbito de las ciencias duras (física, biología, ecología, medicina, etc.).

El segundo bloque considera las situaciones en las que las formas de cultura experta tienen una dominante de tipo científico-técnico. Abarca expresiones de cultura experta nacidas tras la institucionalización política de la mano de la emergencia de las instituciones propias de la sociedad del conocimiento. En estas expresiones lo científico en sus distintas dimensiones (científico-técnica y científico-social) se sitúa en el horizonte de las temáticas dominantes y el discurso de la innovación y la neofilia es la marca característica de su retórica. En las situaciones comprendidas en este segundo bloque la relación entre ciencia/tecnología e identidad se invierte respecto del primer bloque: aquí ciencia/técnica e identidad tienden a ser indistinguibles; es más, la identidad

comienza a ser manejada como un dispositivo técnico más, un recurso, mientras que la técnica comparece como algo que es ya constitutivo de la identidad vasca tal cual se conforma en la sociedad del conocimiento.

- 1) **Producción de un *reality show* televisivo:** En los últimos años, se ha ido constituyendo un nuevo lugar de cruce entre el imaginario identitario vasco y la cultura experta, el de los espacios de telerealidad. Son programas, con una fuerte incidencia en capas de población jóvenes y euskaldunes, en los que representaciones estilizadas –por depuradas y estereotipadas– de la vasquidad se escenifican a través de protocolos altamente ritualizados en los que, en sucesivas fases, intervienen una amplia variedad de expertos. El interés de esta situación de investigación pasa por analizar la secuencia de decisiones que conducen a una cierta depuración de las figuras con las que se representa la vasquidad y por calibrar cómo intervienen la tecnología y quienes la manejan.
- 2) **Producción y promoción de productos alimenticios autóctonos:** La fundamentación de la autoctonía de algunas especies animales (ovinos, equinos, bovinos vascos) y vegetales (“patata alavesa”, “pimientos de Gernika”...), la justificación científica de esa diferencia y el establecimiento de los criterios de calidad asociados a los productos locales constituyen un campo que se ha definido en lo esencial desde el trabajo de singularización producto de los laboratorios –por regla general, públicos– de las ciencias naturales. En esta situación, se hace particularmente visible cómo la retórica propia de la ciencia se hibrida y toma elementos de estrategias discursivas que tienen la identidad –su singularización, la autoctonía, la fundamentación de la diferencia– como objeto. Producto autóctono, estrategias de *marketing* que precisan de la construcción de un imaginario en torno a la autoctonía del producto, estándares de calidad, la idea de un “nosotros” como una plusvalía que contribuye a la promoción social y comercial del producto... son algunas de las cuestiones que entran a jugar en esta cuarta situación de investigación.

El estudio de estas situaciones de investigación se sostiene sobre el análisis de varias actividades de investigación, todas de tipo cualitativo: notas de campo (NC), material fotográfico, figuras, entrevistas en profundidad (E).

Para el estudio sobre el **patrimonio cultural** se analiza el material resultado de varias actividades. En conjunto, el material de campo que soporta empíricamente esa sección procede de las siguientes fuentes:

- 1) Notas de observación (NCI), etnografías y fotografías y figuras precedentes del seguimiento de tareas vinculadas a la construcción de senderos culturales, visita a locales de gestión de museos y patrimonio cultural, visita a instituciones dedicadas a la administración de parques temáticos.

- 2) Siete entrevistas en profundidad semidirectivas realizadas a los siguientes informadores relevantes⁵: El.1: Antropólogo de una sociedad de ciencias guipuzcoana; El.2: Técnico de una empresa de diseño de senderos; El.3: Coordinador de la fundación gestora de un parque temático; El.4: Diseñador e instalador de txosnas para ferias; El.5: Organizador de ferias rurales en un barrio de Bilbao; El.6: Técnico de calidad de una empresa de euskaldunización; El.7: Responsables de una empresa dedicada a la gestión cultural y a la implementación de nuevas tecnologías.

Para el estudio de **la cultura gastronómica** el trabajo de campo que lo sostiene empíricamente procede de las siguientes fuentes.

- 1) Notas de observación (NCII), etnografías y fotografías y figuras tomadas en varias situaciones de observación realizadas por algunos de los miembros del equipo de investigación en dos restaurantes.
- 2) Cinco entrevistas en profundidad semidirectivas, realizadas a los siguientes informadores relevantes: EII.1: *Chef* de Restaurante; EII.2: *Chef* de restaurante (continuación); EII.3: Gerente de restaurante; EII.4: Coordinador de un consorcio de restaurantes; EII.5: Jefe de sala de restaurante.

Ya en el **Apartado II**, y en lo que se refiere a la investigación sobre la **producción de un reality show televisivo**, el material de campo que sostiene las conclusiones obtenidas procede de las siguientes fuentes:

- 1) Etnografías y fotografías y figuras tomadas en varias sesiones de observación realizadas a lo largo del desempeño de uno de los miembros del equipo de investigación como redactor de varias de las ediciones de un programa de telerrealidad.
- 2) Entrevista en profundidad al productor de este programa (EIII.2).

Por último, en el apartado dedicado a la **producción y promoción de productos alimenticios autóctonos** se realizaron estas actividades:

- 1) Etnografías y fotografías tomadas en sesiones de observación realizadas en un laboratorio de ciencia básica (Departamento de Biología Molecular y Genética de la Universidad del País Vasco), en dos laboratorios de investigación agroalimentaria aplicada pertenecientes ambos a un instituto de investigación agroalimentaria y en la sede de una fundación para la promoción de productos autóctonos.

5. A las entrevistas realizadas en el contexto de la situación de investigación I, “discursos y prácticas relacionadas con la creación y gestión del patrimonio cultural”, se han añadido otras, que, en origen, se enmarcaron en la situaciones de investigación centradas en “Discursos y prácticas relacionadas con la representación científica de la lengua vasca” y “Producción de imágenes sobre la vasquidad mediada por las nuevas tecnologías”.

- 2) Entrevistas en profundidad al director técnico del laboratorio de investigación agroalimentaria (EIV.1); sendas entrevistas en profundidad a un técnico de laboratorio (EIV.2) y a un director de proyectos de investigación (EIV.3) pertenecientes al mismo instituto; entrevista en profundidad a un biólogo de la Universidad del País Vasco (EIV.4); entrevista en profundidad a la responsable de coordinación de la fundación por la calidad de los productos agroalimentarios vascos (EIV.5).